

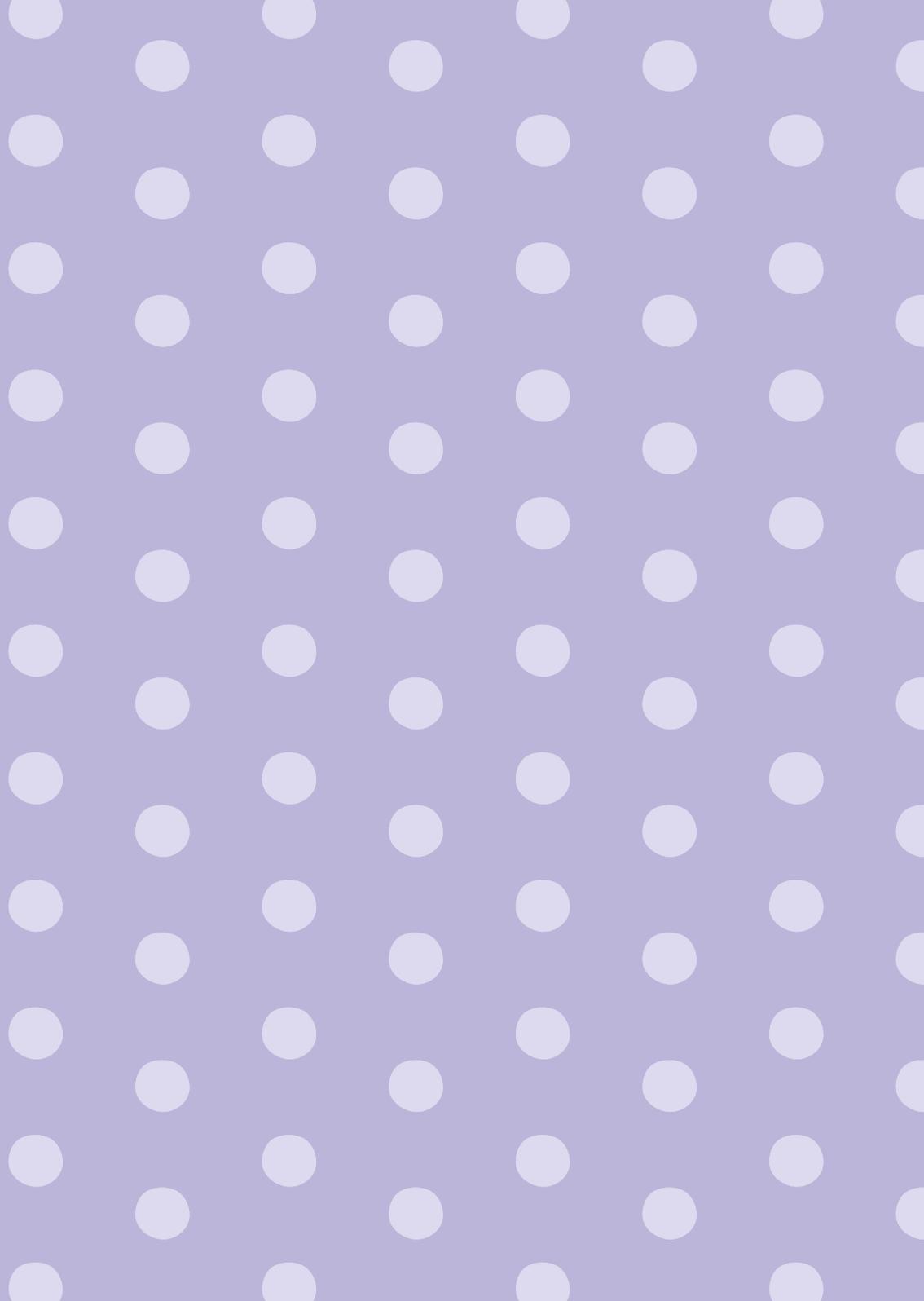
Beatrice Masini

# Maisie

y el tigre de Cleopatra







Maisie



Título original: *Maisie e la tigre di Cleopatra*

1.ª edición: marzo de 2016

© Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia, 2015  
International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia  
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com  
© De la edición original: RCS Libri S.p.A., Milán, 2015  
Publicado por primera vez por Fabbri Editori, 2015  
www.fabbrieditori.eu

© De la traducción: Marinella Terzi, 2016  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Color de ilustraciones: Cecilia Giumento

ISBN: 978-84-698-0912-9  
Depósito legal: M. 38838-2015  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Beatrice Masini

# Maisie y el tigre de Cleopatra

Ilustraciones de Antonello Dalena

Traducción de Marinella Terzi



ANAYA

## LA MAGIA DEL TIEMPO

*Cuando se dice que una persona pierde el tiempo, no es un cumplido. Al contrario. No para quien piensa que el tiempo es oro.*

*Y es verdad que es importante emplear bien el tiempo, aunque no sea oro, justamente porque no es oro. Es algo mucho más valioso.*

*Hay quien considera que los soñadores, las personas dotadas de gran imaginación o aquellas que se concentran mucho en las cosas pequeñas pierden el tiempo.*

*Pero mucho del tiempo que en apariencia se pierde —se agota, se desvanece— se transforma en algo distinto.*

*«Perdiendo tiempo» se descubren cosas y se responden preguntas. Se viaja con la cabeza y con el corazón.*

*Y eso, Maisie lo sabe de sobra.*

*Porque, gracias a su reloj, que funciona al revés, ella no pierde el tiempo: lo atrapa, incluso aquel que sucedió mucho antes de que ella naciera, y lo hace suyo. Vive cosas que otros no vivirán jamás.*

*Para Maisie es una manera como otra de pasar el tiempo, como jugar con sus amigos, o leer, o hacer los deberes. En ningún caso es tiempo perdido: siempre es tiempo aprovechado.*



EL REGALO  
de la abuela  
PEN

Maisie era una niña normal y una niña especial, como por otra parte lo somos todos nosotros, por una cosa o por otra. El pelo, por ejemplo, lo tenía normal: largo, castaño y liso, ideal para hacerle una coleta o dos trenzas, siempre que su propietaria tuviera la paciencia de permanecer sentada hasta el final. Los ojos los tenía especiales: grandes, un poco separados y del color del ámbar o la miel oscura, intensos. Lo demás era normal: nariz, altura, tipo, sus zapatillas fucsias... Pero su curiosidad era especial: a los muy curiosos se les llama metomentodos, pero eso no significa que

quieran saber siempre lo que hacen los otros; es que a veces se hacen preguntas, o buscan respuestas, y al final, terminan por descubrir más de lo necesario. Especial

era también el reloj que llevaba siempre en la muñeca: pequeño, de oro, nada apropiado para una niña. Pero ella lo adoraba y nunca se separaba de él. La esfera era tan minúscula que nadie se percataba de algo especial que tenía ese reloj especial, pero ya hablaremos de ello después. El reloj



era un regalo de la abuela Pen, que era

otra cosa especial en la vida de Maisie, mejor, una persona. Todos los abuelos son especiales; a su manera: amables y generosos, antipáticos y distantes, o antipáticos y generosos, o amables y distantes, y muchas cosas más. Pero siempre son interesantes, porque han vivido mucho, visto un montón de cosas, y conocido a los padres de sus nietos, o sea a sus hijos, de pequeños, lo que a los hijos de esos padres no les sucede jamás; pero algunos son más interesantes que otros.

La abuela Pen era realmente interesante y realmente especial. ¿Por qué? Harían falta páginas y páginas para explicarlo, pero se entenderá mejor conociéndola un día cualquiera, uno de los muchos transcurridos con Maisie, que, por si no os habéis dado cuenta, era su nieta preferida. Tal vez porque era la única, de esa manera la abuela no podía ni tenía que elegir. Maisie pensaba siempre que eso era lo mejor: no le habría gustado tener que compartir a la abuela Pen con otros niños. Era una abuela en exclusiva. Era toda suya, y la adoraba.

A veces, no.

—Cómeme los pasteles, Maisie. No querrás que los devolvamos intactos —dijo la abuela Pen, mirando la bandeja donde estaban dispuestos unos cuantos petisús, los pasteles preferidos de Maisie.

Ninguna respuesta.

La abuela Pen suspiró.

—De acuerdo, sigue enfurruñada toda la vida. Esta vez, te lo he dicho y te lo repito, no podía llevarte conmigo. Te hubieras aburrido.

—No me digas que te pasaste todo el tiempo encerrada en la universidad de los papiros. No me lo creo —soltó por fin Maisie, cogió un pastelillo con dos dedos y se lo puso en la boca. Por lo menos en eso la abuela Pen llevaba razón: aquellas delicias no podían despreciarse. Pero por lo demás seguía enfadada. Un viaje a Egipto, a Alejandría, sin su nieta única y preferida: era para ponerle mala cara un buen rato por lo menos.

—La verdad es que me di algún que otro paseo —admitió la abuela Pen ignorando el ceño de Maisie—. Incluso encontré tiempo para comprarte un regalo. Pero si continúas haciéndote la ofendida me lo quedo yo.

La boca de Maisie se ensanchó en una sonrisa. Pero no podía ceder tan rápidamente. Se la llenó con otro pastelillo.

—No pienses que me vas a comprar —refunfuñó.

—Y tú no hables con la boca llena.

—Nunca lo hago.

—Ahora lo estás haciendo.

La abuela Pen era una defensora de la buena educación, y Maisie en ese preciso instante estaba embu-

tiéndose la comida a propósito para enfadarla, pero no era algo que le surgiera de forma natural. Por eso, se tragó el segundo pastelillo y se limpió la boca, antes de decir en el tono más indiferente posible:

—¿Un regalo, has dicho?

—Pequeño —dijo la abuela Pen, ocultando la satisfacción por su victoria—. Pero valioso —y le tendió a su nieta una bolsita de papel doblada varias veces sobre sí misma. Maisie la cogió: en su interior se advertía un bulto minúsculo. Le pasó el dedo por encima—. Entonces ¿te gusta?

—No lo sé todavía. ¿Cómo voy a saberlo? De todos modos, gracias —y fue a darle un beso en la mejilla.

La abuela Pen era especial incluso en el físico: parecía más joven de lo que era, aunque prefería no hablar de su edad; llevaba el pelo blanco cortísimo, como un chico al inicio de las vacaciones de verano; y vestía siempre conjuntos de tonos en la misma gradación. Aquel día había escogido el azul: pantalones azul oscuro, jersey azul eléctrico, un collar de cuentas de lapislázuli grandes como bolas de billar y un

chal azul muy fino rodeándole el cuello. Y cuando se movía se percibía claramente el aroma de aquel ligero perfume francés de los años treinta que había usado su madre antes que ella: talco y vainilla juntos. Maisie sabía que algún día sería también el suyo.

La abuela Pen se quedó mirándola mientras Maisie abría el paquete, despacio, para saborear el momento.

—Admito que el envoltorio no es gran cosa —dijo—, pero lo que cuenta es el contenido, ¿no?

—Temía que dijeras el recuerdo —se rio Maisie, sujetando con el pulgar y el índice un pequeño escarabajo de oro con las alas de lapislázuli, que colgaba de una cadenita finísima—. Qué bonito, parece de verdad.

—Y trae suerte como los de verdad cuando se te posan en la cabeza o en un brazo. Menos mal que no eres una de esas niñas miedosas que se horrorizan cuando ven un insecto, sea real o falso.

—Estaría bien que este fuera real —dijo Maisie moviéndolo entre los dedos—. Podría domesticarlo...

—Este es aún mejor que uno real —dijo la abuela con un brillo en los ojos.



—Venga, dime —dijo Maisie con el mismo brillo, como un eco de luz. La abuela Pen no le hacía nunca regalos banales, o normales. Siempre tenían *algo*.

—Digamos que te vendrá bien en el momento justo —añadió la abuela, haciéndose la misteriosa.

—Es lo que dices siempre —protestó Maisie. Le pasó la joya a la abuela Pen y se inclinó para que le abrochara la cadena—. ¿Dónde lo encontraste?

—En una callejuela de Alejandría hay una pequeña tienda donde venden de todo pero no venden nada —era la abuela de siempre, capaz de transformar en cuento cualquier peripecia—.

Entré atraída por este chal —y se tocó la bufanda de gasa que llevaba al cuello—. Había un montón colgado delante de la puerta, como una cortina arcoíris. Dentro estaba todo oscuro, pero cuando mis ojos se habituaron a la oscuridad, vi a un

hombrecillo con caftán blanco y fez, parecía salido de una novela de aventuras. Estaba sentado tras una mesa y limpiaba una lámpara de latón. Me saludó con un gesto de la cabeza y le pregunté si podía dar



una vuelta por la tienda. Parecía la cueva de las maravillas, Maisie: me lo habría llevado todo. Telas, puñales, joyas, alfombras... Al final me decidí por el chal y por esto —y señaló el escarabajo, inmóvil sobre el cuello de Maisie—. Por fin oí su voz. Hizo la cuenta, y yo no regateé como hacen todos en Egipto: es tan poco elegante. Él me dijo: «Usted es una verdadera señora. Comprende que el precio y el valor de las cosas no son siempre lo mismo». «Casi nunca», dije yo. Él asintió y añadió: «El escarabajo tiene un don». «Tengo la persona justa a quien regalarlo», dije yo. Luego le di el dinero que le debía, pero no lo quiso. Sacudió la cabeza, yo insistí, y un momento después ya no estaba. Lo llamé, recorrí la cortina al fondo de la tienda, miré detrás del montón de alfombras, de los biombos, de las esculturas: nada. Así que me marché.

—¿Y el dinero? No me digas que te fuiste sin pagar...

—Sí, la verdad. Pero enseguida lo empleé en otra cosa. En cuanto estuve fuera, se lo di a un niño a cambio de esto —y sacó del bolso una botellita cerrada

con un tapón de corcho y sellada con lacre. La inclinó a contraluz—. Parece tinta. A lo mejor la puedes usar para escribir una bonita historia de misterios y desapariciones.

—¿Y para ti qué te compraste? —preguntó Maisie.

—Esto —dijo la abuela, alargando el brazo sobre el que serpenteaba una cadena de oro labrado—. Es el símbolo de Cleopatra. Una importante reina egipcia, sagaz y hábil, que enamoraba a todos, incluso a los grandes guerreros de Roma, como César y Antonio. Una mujer por la que se desencadenaban guerras.

—¿Una reina en Egipto?

—Sí. Justamente en Alejandría. En sus tiempos, las mujeres reinas eran una rareza.

—¿Y por qué tenía una serpiente como símbolo? —preguntó Maisie, fijándose en el ojo rojo oscuro del animal de metal que ceñía la muñeca de la abuela.

—Es el símbolo de su destino. Al final de una larga aventura, hizo que la mordiera un áspid y murió envenenada. Eligió irse antes que caer prisionera de los romanos.

Maisie sintió un escalofrío.

—¿Tienes frío? —le preguntó la abuela Pen.

Se quitó el chal azul y lo puso en torno al cuello de la niña.

—Es fino, pero caliente.

—No, no es el frío —dijo Maisie—. Pensaba en esa reina de la que hablabas. Es una historia triste, la suya...

—Solo al final. Y el final de las historias siempre es un poco triste, ¿no? Aunque solo sea por el hecho de que es el final.

—Qué bonita bufanda. Me imagino de dónde ha salido —dijo la madre de Maisie al abrirla la puerta.

—Y mira esto —dijo Maisie, apartando la gasa azul para mostrarle el escarabajo.

—Mmm... parece antiguo —comentó su madre, inclinándose para verlo mejor—. La abuela Pen de costumbre. Objetos demasiado valiosos para una niña.

—Ya sabes que yo nunca pierdo nada —dijo Maisie, desenrollándose con cautela la bufanda del cuello.

—Salvo el tiempo. ¿Has hecho los deberes?

—Sí, en la pastelería. Me gusta resolver los problemas con una nuez de nata en la boca. Hasta la geometría tiene un sabor propio. Pero me faltan todavía los de geografía —y Maisie desapareció en su cuarto antes de que su madre empezara a refunfuñar.

Los deberes son los deberes. No hay magia ni misterio que los pueda resolver, ni abuelas extravagantes que logren hacerlos desaparecer. Maisie abrió el libro por un mapa del Mediterráneo y decidió que todos aquellos nombres dispersos por sus costas eran demasiados para aprenderlos. Luego abrió la botellita de

tinta, o por lo menos lo intentó: el tapón se resistía. Y cuando por fin cedió, un riachuelo oscuro cayó sobre el azul del mar. «Qué extraño», pensó Maisie. «Una serpiente que recorre el mar frente a Egipto. El mismo mar que veía Cleopatra».



Suspiró y apartó el libro: sabía perfectamente que por mucho que se esforzara no lograría concentrarse,

no aquella tarde. La reina, el veneno, el escarabajo, la tinta: todo le indicaba lo mismo. «Lo sé» se dijo Maisie. «Siento que debo darme una vuelta. Tengo que averiguar más».

Y, como siempre, su idea de vuelta —nada que ver con un paseíto para distraerse— la llevaría bastante lejos. Se descubrió la muñeca izquierda y frotó la esfera del reloj, dibujando círculos en el sentido contrario al de las agujas. Estas empezaron a moverse lentamente hacia atrás. Hecho. Solo tenía que cerrar los ojos y esperar.

# Maisie



Una niña curiosa.  
Una abuela algo extravagante.  
Un reloj mágico para viajar  
en el tiempo y conocer  
a los grandes de la historia  
de pequeños.

EN ESTA AVENTURA,  
MAISIE SE ENCUENTRA  
CON LA NIÑA CLEOPATRA



A PARTIR DE 8 AÑOS

ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

ISBN 978-84-698-0912-9

1578263



9 788469 809129